

recientes etapas de su historia, en que ha decaído su prestigio, descendido su crédito y quedado no muy bien parada su moralidad como nación. Mas no serán los automóviles los que entreguen á Inglaterra á merced de Europa: será mejor una marina como la que ya van poseyendo Rusia, Alemania é Italia, y que pone la ceniza en la frente á los de allende la Mancha, hasta hace poco señores, dueños y reyes de los mares.

* *

Personalmente me son hasta repulsivos los automóviles. Huelen mal y su forma nunca es bella. Jamás tendrán la airosa, la gallarda silueta del coche tirado por caballos. Hacen desagradable ruido, y su velocidad vertiginosa no da tiempo á mirar el paisaje. Para ir despacio, el automóvil no conviene — tanto daría ir en coche; — y aprisa, dan idea de los medios de locomoción del alma que lleva el diablo. La indumentaria del automovilista no se pasa de simpática tampoco. Esas garitas de piel de foca ó de gato ruso; esas gafas y caretas de buzo y de explorador polar; esos guantes de oso; esos velos que quitan la respiración, dan idea del suplicio de viajar de esa manera. No hay, en automóvil, conversación ni intimidad posibles, así como no hay verdadero *tourismo*, pues se cruzan los países más hermosos y los puntos de vista más encantadores, sin poder volver la cara á mirarlos. ¡Oh silla de posta, silla de posta, que llevaste á Italia á Goethe, Lamartine y Byron, cómo te echa de menos mi fantasía; cómo á tu solo nombre se baña en claridades de luna, resplandores de sol, suavidades de amanecer y arreboles de ocaso!

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿V de qué hablar, si no hablamos de eso? Ya sé que es una conversación gastada y manoseada, y que con igual rapidez que ellos corren, se desvanece el recuerdo de sus carreras insensatas; ya sé que dentro de ocho días nadie se acordará de los inválidos del automovilismo..., pero ahora, en esta primer semana, ¿no es cierto que se impone el charloteo, los contradictorios pareceres respecto á la gran aventura internacional?

* *

Como somos aún el país donde — exteriormente al menos — el quiotismo alienta, he oído á mucha gente censurar en primer término que la carrera haya tenido por objeto acreditar ciertas marcas de automóviles y proporcionar ganancia á ciertas casas constructoras.

¡Oh candor! ¿Pues acaso, en tiempo alguno, dejó de ser el interés el supremo *antropomóvil*?

Yo veo, en esa carrera desenfrenada, mortal, horrible, un símbolo ibseniano, algo que, en fuerza de representar bien la manera de ser de la humanidad, reviste poesía. La humanidad va á su ganancia por cima de los cuerpos palpitantes, de las carnes despedazadas, de la sangre vertida á raudales, del dolor, de las lágrimas, del propio decoro, de cuanto pudiera contenerla. Es humano que cada individuo prefiera hacer trizas el cuerpo del otro; pero, en juego el interés, también se arriesga el propio cuerpo sin reparo. Donde las dan las toman. Así fueron en la antigüedad, en la Edad media, en el Renacimiento, en la Edad moderna, las guerras todas: en el fondo, cuestiones de provecho y ventaja. Se batallaba, se moría, se vencía..., y á salir ganando; á lo que importa.

El automóvil es un combatiente. Lánzase á la palestra á desbancar á los demás vehículos, empezando por el ferrocarril. Los que anuncian el brillante porvenir reservado al automóvil, dicen que con él y por él se suprimirán las fronteras y se cambiará, por consecuencia, todo el estado político actual de Europa: vendremos á la soñada y apetecida federación de los Estados Unidos Europeos, á la supresión de las tarifas aduaneras y al más completo cosmopolitismo. El país que quiera conservar su aislamiento, tendrá que construir una especie de muralla de la China, y los ingleses ostentarán de nuevo, con orgullo, su característica excelencia: *Totus divisus orbe britanos*. Por algo no han querido ellos unirse al continente, lo cual, según fama, no les sería muy difícil, ya practicando un túnel submarino, ya construyendo un ciclópeo puente... ó arrecife artificial. Presentían esta tempestad de automovilismo que se nos ha venido encima, y aspiraban á conservar su esquiua libertad. Seguir siendo isleños, y desde su isla señorear el mundo: he ahí la aspiración de los ingleses, que acaso no se les logre, después de las

En vez del retintín de tus cascabeles, del restallido del látigo de tus pintorescos postillones, del rincón de tu berlina donde descansaba el cuerpo y se recostaba la cabeza para dormir dulcemente, después de una jornada llena de impresiones de arte, lo que veo es una mecánica infernal que pasa como un rehilete; una especie de chocolatera-tromba, que se lanza ciega no sabemos adónde ni para qué, y que tripulan seres extraños, máscaras sombrías, de una comparsa fúnebre.

¿Cuánto tardará en detenerse súbitamente; ante qué clase de obstáculo se parará en seco? ¿Qué género de muerte espera á las máscaras? ¿Perecerán carbonizadas, cual las que ocupaban el automóvil que chocó en Bonneval contra la casilla del guardabarrera? ¿Proyectadas á un foso y descostilladas, cual Marcel Renault? ¿Con el pecho aplastado, como Richard? ¿Con el cráneo fracturado, como el joven Gastón Raffet? ¿Bajo el peso del vehículo, por asfixia, como el mecánico Normand?

No hay cosa más fácilmente prodigada que la vida humana. Díjérase que conocen los hijos de Adán el ningún precio de este único tesoro repartido al nacer á todas las criaturas. ¡El valor! ¿Qué es el valor, ocurre preguntar, ante esta prueba clarísima de que la vida se juega con indiferencia y hasta con empeño y ansia desmedida de jugarla? ¿Debe calificarse de valor, de heroísmo, el arranque y el disparo de los automóviles? ¿Es igual exponerse á un balazo por la patria, á un lanzazo por la fe, á una infección morbosa por la ciencia, que despenarse, desnucarse, despedazarse, freirse, reventarse por *snobismo* ó por acreditar una marca de coche mecánico? ¿Se ha de llamar esto valor igualmente? ¿Dónde está la línea divisoria del valor y la insania?

* *

Porque el caso es que, mientras la opinión se solivianta; mientras los gobiernos, bajo la presión de esa opinión, prohíben la carrera, los carreristas, indignados, indiferentes á las noticias lúgubres que llegan por telégrafo, sólo piden que se les permita continuar. ¿Qué es eso de quitarle á uno el gusto? ¿Qué tiene nadie que ver con que otro se haga trizas? Es fuerte cosa que en todo han de meterse los gobiernos.

No deploraríamos desgracia alguna — añaden — si en esta carrera la velocidad no se hubiese extremado más allá del límite racional. Es evidente; pero la exageración de la velocidad caracteriza el deporte automovilista; sin la exageración de la velocidad, no ofrecería el automóvil atractivo para los deportistas. ¡La competencia! He visto mil veces el género de embriaguez que produce en los cocheros de profesión ó de afición. ¡Pasar delante! Con tal de conseguirlo, enhorabuena se estrelle el coche. Y la rapidez, en sí misma, aun prescindiendo de la competencia, emborracha, fascina, atrae con la atracción de un perfume violento y tenaz.

Ello es que se ha agudado la fiesta por completo; que los elegantes han visto estropearse la emoción más honda y viva del año... Y entre paréntesis, ¿cómo era posible que se la prometiesen? ¿Cómo suponían que lo acaecido no iba á acaecer?

Sin ser profeta podía anunciarse. Para que la carrera se hubiese terminado en paz ó con un contingente de accidentes relativamente corto, era preciso que supusiésemos desde París á Madrid una carretera ideal, de cien metros de ancho, lisa como un salón de baile, y en la cual no entrasen ni los perros. Los perros sobre todo.

Estos por lo general inofensivos animales, que al paso de los coches se contentaban con ladrar, son causa de la mitad de los siniestros del automovilismo. El automóvil no les da tiempo á separarse: aturdidos, son arrollados; pero toman, antes de expirar, tremenda venganza, haciendo saltar el artefacto. Corrió la voz de que era preciso recoger á los perros, y la gente se dedicó en efecto á recogerlos aquí y acullá..., hasta donde es posible realizar tal empresa. Por muchos perros que se recogiesen y sujetasen, había de quedar alguno trasconejado, ¿quién lo duda? Mientras las carreteras no tengan á un lado y á otro tapias altas que sirvan de guardaperros...

* *

Parece que en España se habían adoptado las precauciones necesarias para proteger la vida y seguridad de los automovilistas, con un acierto y una precisión superiores á lo hecho en Francia, donde se registran fatales imprudencias semejantes á las del paso á nivel. Los periódicos, sobre esta base, ensalzan á España y forman juicios muy lisonjeros respecto al estado de su cultura. Y es que no se dan cuenta (ni es fácil dársela, á no tener muy fija la atención en el fenómeno del carácter nacional) de que España es el país donde se hacen mejor las cosas... cuando quieren hacerse bien, y que el único inconveniente aquí es que, de cien casos en noventa y nueve, no se aplica la voluntad á hacerlas bien, ni aun á hacerlas. La gente española es tan apta como la que más: fáltale tan sólo aplicar, beneficiar y desarrollar plenamente, por el ejercicio, sus aptitudes. Siempre que no se ejercita la voluntad de un modo sistemático, se va, en momentos dados, al extremo; así como hay individuos impulsivos, hay pueblos, y en momentos dados, esos individuos y esos pueblos son capaces de las acciones más grandes y simpáticas. ¡Lástima grande de educación nacional en pueblos como España! Volvería á ser — con treinta años de intensa cultura — de los primeros del mundo.

* *

Entre los carreristas figuraban varias señoras, y especialmente una, Madama Gart, de quien dicen los periódicos franceses que es una profesional del automovilismo. Bien está que haya deportistas con faldas, y que no se arredren. Por ese camino no especialmente va la mujer á obtener la plenitud de sus derechos, pero es un camino más, y la mujer, para reivindicar sus derechos, tiene que recorrer todos los caminos, pisar todas las sendas, intervenir en todo.

Lo altamente perjudicial á la mujer, lo que parece ardid de sus peores y más sañudos enemigos, es la reducción á un tipo único, la simplificación de su figura, la fundición de su individualidad en una sola turquesa. Es necesario á la mujer diversificarse, y por medio de la diversificación, destruir ese concepto funesto de que hay direcciones, actividades, manifestaciones, actos é ideas *impropios de una mujer*.

El día en que no parezca impropio de una mujer sino lo que también debe parecer impropio de un hombre (concepto general de la dignidad de la especie), la mujer estará redimida de las tradicionales inferioridades é injusticias que gravitan sobre ella.

Por eso me complace Madama Du Gart, en su auto, con sus velos tupidos, precipitándose á la carrera frenética, disputando el premio de la velocidad, riéndose de la muerte emboscada en los fosos, en los árboles y en las barreras del camino. Las mujeres son por lo menos tan valerosas como los hombres: lo que sucede es que se las ha habituado á mostrar como un encanto el miedo, que el varón se oculta como un estigma. Algún día se persuadirán de su fuerza moral, de su valor, y dejarán de coquetear haciéndose las apocadas. Cuestión de nervios.

EMILIA PARDO BAZÁN.